

¿Hacia dónde va Honduras? Una reflexión crítica desde la perspectiva del Bicentenario de Independencia

¹ Carlos David Hernández Martínez

Resumen

Desde una perspectiva genealógica referirnos cómo se ha llegado a la situación actual en Honduras reviste de una atención histórica al eterno retorno de los escombros de un pasado tan presente. Nuestra experiencia histórica se simboliza en una imagen fatalista y recursiva, como si estuviésemos congelados en el tiempo, en un bucle repetitivo sin memoria histórica. Por eso, preguntarse por el futuro de Honduras remite a expresar modos de sentir realmente negativos y pesimistas; ya que precisamente no se aprecia en el horizonte algún búho de minerva que guíe nuestro porvenir con inteligencia, ni algún colibrí portador de cambio y esperanza. El destino es cada vez más oscuro y sombrío. Las utopías de un mundo mejor lejos de cumplirse, se vuelven distopías: esto es condiciones materiales de decadencia que son productos de los repetitivos retrocesos democráticos, crisis de los valores y, por lo tanto, son el reflejo de los nulos avances en la construcción ciudadana de un proyecto histórico de identidad nacional. Sin embargo, nada está escrito en piedra, hoy en el marco de más de doscientos años de vida independiente, Honduras debe replantearse seriamente una liberación histórica para superar el pasado y construir un futuro mejor a las condiciones actuales.

Palabras clave: identidad nacional, bicentenario de independencia, liberación nacional, conciencia de ciudadanía, *praxis*

Where is Honduras headed? A critical reflection from the perspective of the Bicentennial of Independence

Abstract

From a genealogical perspective, referring to how the current situation in Honduras has come about requires historical attention to the eternal return of the rubble of such a present past. Our historical experience is symbolized in a fatalistic and recursive image, as if we were frozen in time, in a repetitive loop without historical memory. Therefore, asking about the future of Honduras leads to expressing really negative and pessimistic ways of feeling; since there is precisely no Minerva owl on the horizon to guide our future with intelligence, nor any hummingbird bringing change and hope. The destination is becoming dark and gloomy. The utopias of a better world, far from being fulfilled, become dystopias: this is material conditions of decadence that are products of repetitive democratic setbacks, crises of values and, therefore, are the reflection of the lack of progress in citizen construction. of a historical project of national identity. However, nothing is written in stone, today within the framework of more than two hundred years of independent life, Honduras must seriously rethink a historical liberation to overcome the past and build a better future under current conditions.

Keywords: national identity, bicentenary of independence, national liberation, citizenship awareness, *praxis*

¹ Estudiante de la Carrera de Filosofía, Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. <https://orcid.org/0009-0004-7909-355X> Correo electrónico: cdhernandezm@unah.hn

Ariel y Calibán: dos figuras en la historia de la política nacional

Siguiendo la vanguardia de algunos autores latinoamericanos como José Rodo, Rubén Darío y Froylán Turcios, considero que históricamente en nuestra política ha estado presente la figura del Calibán que representa el espíritu de la pesadez, de la barbarie, el cinismo y la oscura decadencia que ejercen las oligarquías locales y las elites extranjeras. El Calibán en Honduras ha significado no solo la miseria económica, sino que también espiritual al no emprender una crítica a los proyectos civilizadores que trajo la modernidad y de los cuales USA tomó ventaja pragmática sobre la República Bananera a finales del siglo XIX. Eso ha representado la política hondureña: el triunfo del Calibán, esto es, el abismo de la esclavitud y el fracaso de la virtud moral-patriótica. La figura de Ariel que representa la verdad, la justicia, la nobleza, la espiritualidad; escasamente ha sido el ideal por aspirar en nuestros dirigentes políticos. Pues los grupos conservadores han hecho prevalecer el pasado colonial al estilo de caudillos con poderes absolutos, que son ciertamente los opresores y mistificadores de la historia al teñirla de los logros y cambios significativos.

Lo cierto es que la pequeña política heredada desde la época de la colonia ha escrito una historia de continua decadencia. Pues desde entonces, sin dejar de hacer lo mismo ha persistido una mentalidad en la que acceder a los cargos públicos es con el fin de obtener el control y poder económico para la ventaja personal de unos pocos. Esto es: una oligarquía como forma de Gobierno por la cual está caracterizada la mayor parte de nuestra historia nacional. La colonia ha conservado la mentalidad de piratas en las clases políticas, ya que éstas buscan y luchan entre sí para acaparar el tesoro llamado botín del Estado.

Históricamente Honduras atraviesa una profunda y radical crisis socio-política-económica. Dado que «en Honduras, las crisis tienen la característica de ser cotidianas. Toda nuestra existencia se presenta como un panorama sucesivo de crisis, o sea que la crisis actual, hay que inscribirla forzosamente dentro de la historia total de nuestra crisis crónica» (Sierra, 2021, p. 190). Cargamos el peso del mundo como una tortuga, estamos en caída libre y sin paracaídas por el cual sujetarnos. Cada vez el horizonte es

más incierto y más sombrío. Cada vez estamos más solos y desamparados al asecho de los piratas políticos. Pareciera que es una historia de maldición, una condena eterna, algo similar como en la novela literaria *Cien años de soledad* del escritor colombiano Gabriel García Márquez, en la que describe la condena a la soledad de la familia Buendía, concretamente, en el capítulo final de su novela, hay un lenguaje alegórico en el que se puede hacer una interpretación para la perspectiva latinoamericana, en especial en Honduras. Esto es, un lenguaje entendido como una especie de eterno retorno, cuando García concluye su obra con la siguiente frase: «porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra» (García, 1986, p. 432). Pero en Honduras ya son doscientos años del eterno retorno de la soledad, de la nula transformación, de la decadencia y crisis crónica.

No obstante, en la historia de Honduras no hay providencialismo, ni realismo mágico que todo está escrito como en los pergaminos del gitano Melquiades con respeto a la familia de Macondo. La novela es una metáfora. Todo pasa por nosotros. De nuestro aprendizaje o ignorancia de las lecciones de la historia. «El hombre es creador de su propia historia y dueño de la misma» (Sierra, 2021, p. 216). En ese sentido, la continua y condena eterna de Honduras es regida por la acción humana. Todo pasa por la voluntad política. Del empuje por superar lo establecido. Sin embargo, en nuestra experiencia histórica: «todavía no hemos superado las condiciones heredadas de la colonia: caudillismo anárquico, o despótico, pobreza, ignorancia, sumisión, desconfianza, insolidaridad, exclusivismo, intolerancia, deficiencia en el funcionamiento de las instituciones y desánimo colectivo por la frustración de muchos proyectos, de muchas esperanzas» (Sierra, 2021, p. 190).

Por lo tanto, el problema consiste, como ya lo habían identificado José Cecilio del Valle y Ramón Rosa en el siglo XIX, en la falta de conciencia del pasado, la falta de conocimiento histórico, especialmente en la clase política. Y sigue vigente ese planteamiento, pues aún la clase política carece de esa conciencia del pasado. Nuestras clases políticas no han corregido la herencia de los gobiernos despóticos o de caudillos con poder absoluto. Las oligarquías conservadoras siguen

torturando la historia de Honduras. La estructura colonial sigue intacta. Basta con recordar el pensamiento Ilustrado de Valle y Rosa, que hacían hincapié a la formación de las clases políticas como los responsables y gestores en gran parte del proyecto histórico de vida política-económica en clave próspera del país.

En ese sentido, se puede identificar el origen del bien y del mal de nuestra sociedad. Por un lado, el perfil de identidad de patria y de un pueblo educado que acceda al acervo cultural de su historia misma, de su tradición culta de ideas, en la que pueda captar el sentido de pertenencia sobre su vida moral republicana; y en la que, desde luego, se pueda archivar su memoria histórica como pueblo, haciendo conciencia de la misma para no seguir repitiendo errores del pasado, de los gobiernos retrógrados. Y en su lugar, superarlos para elevarnos hacia el ideal de las luces, de la razón, de la formación humanista. Esto puede figurar al ideal de Ariel, que simboliza el espíritu de la voluntad poder, de la justicia y el bien de la patria.

Por otro lado, la incapacidad para administrar la riqueza pública, la economía política y, por ende, la falta de formación de una conciencia y sentimiento nacional no solo en las tradiciones de los pobres dirigentes políticos que pronuncian falsos e ilógicos valores liberales, sino que también en los pueblos. Ya que éstos viven sumisos bajo la ignorancia de las élites e instituciones retrógradas que tienen el control al estilo de caudillos con poderes absolutos, al viejo estilo colonial, que en la actualidad se reviste en la forma de un neocolonialismo. Unas élites dominantes que se aprovechan, por supuesto, de la falta de formación de una conciencia y sentimiento de patria que deberían tener en su vida moral los hombres de Estado y no darles concesiones de nuestra riqueza cultural y geográfica a élites que solo quieren afanar y extraer nuestros tesoros en favor de su banca individualista. Esto puede figurar al ideal de Calibán, el espíritu de la decadencia política, nihilismo o crisis de los valores.

Y en efecto, es así que se puede sintetizar el bien y el mal de nuestra sociedad; pues faltan dirigentes, clases políticas con intereses nacionales para el pueblo, los cuales asuman el verdadero destino histórico de la República y promuevan una participación activa en la vida

política; que hagan brillar la conciencia de ciudadanía y que ésta a su vez pueda cumplir su deber moral y educativo de una patria libre, soberana e independiente. Ese es el problema: faltan dirigentes vivos, dirigentes que no sean injustos ni decadentes en su tarea de gobernar y administrar las necesidades de la sociedad, pues hasta ahora los muertos, los que fueron justos y bellos en su pensamiento para aspirar a la grandeza, a la gran política republicana, siguen dándonos lecciones de como dirigir la *polis*. Valle y Rosa son ya profetas de la voluntad política de ideas, y, sin embargo, seguimos ignorándolos, son desconocidos para nosotros mismos toda esa esplendida tradición humanista de geniales ideas que nos dejaron heredadas en sus obras tan ricas y hermosas para pensar, imaginar y proyectar un futuro mejor al *statu quo*.

El poeta Froylán Turcios ha sido indudablemente un pensador futurista, ya que trato de advertir en su *Boletín de la Defensa Nacional* en la *Revista Ariel* sobre las consecuencias de la intervención imperialista que la calificaba como un proyecto de empréstito de muerte y abismo de esclavitud «que liquidaría para siempre nuestra soberanía» (Turcios, 1926. p. 426). Más que un préstamo era un negocio negro con intereses oligárquicos y en ese sentido, afincar a nuestro territorio nacional bajo condiciones de capitalismo dependiente y en la que los principales rubros de exportación serían afanados por los grupos filibusteros y fraudulentos piratas a cargo de las *Cuyamel Fruit Company*. Por ello, este autor develó como acto patriótico a la comunidad nacional para estar atentos sobre las consecuencias terribles para el futuro sobre lo pésimo que sería entregar el país al extranjero, entre ellas la pérdida de los valores constituciones como el Estado de Derecho, la soberanía, la libertad y la independencia de Honduras. En otras palabras, la pérdida del sentido de patria e identidad nacional, que significa perder la vida moral y conciencia de ciudadanía.

Turcios influenciado por la literatura universal y los movimientos filosóficos de Latinoamérica, era sin lugar a dudas un arielista que representaba una nueva vanguardia en Honduras. Desde él se puede extraer la lectura de la figura del Calibán, al señalar que «el Caliban triunfa por doquier» (Turcios, 1926, p. 494). Por eso mismo se ha señalado, que esta figura simboliza, la barbarie, cínica y oscura política que Estados Unidos ejerce

sobre Honduras, haciéndola a ésta decaer continuamente hacia la miseria no solo económica, sino que también espiritual al no emprender una crítica a los proyectos civilizadores que trajo la modernidad y de los cuales USA tomó ventaja pragmática sobre la República Bananera, que para la década de los 20 ya tenía ese calificativo por ser un país violento, pobre y retrasado que depende de otros imperios.

Esta reflexión de la figura Ariel es materia escasa en Honduras, puesto que solo está al servicio de los espíritus libres que tienen responsabilidad moral de patria. Esta es precisamente una tarea muy pendiente para nuestros líderes, en tanto que Ariel simboliza, la verdad que debe ser revelada, el bien para obrar, la belleza para gobernar y el deseo espiritual de patria libre, digna de ser amada y respetada en sus valores constitucionales. Por eso, Ariel y Calibán figuran la historia hondureña, esto es, el fracaso de la virtud moral, de la conciencia cívica en los dirigentes de patria y la afirmación de la decadencia política, de la falta de memoria histórica en la sucesión de los gobiernos retrógrados.

Es interesante como Froylán Turcios, dejó bien precisado que el siniestro fantasma del empréstito extranjero, acabaría para siempre con nuestro proyecto de independencia y soberanía nacional. Cosa que, en la actualidad, no está muy lejana dicha preocupación de Turcios, pues estamos concediendo nuestro país a élites extranjeras, estamos viviendo una historia muy repetitiva y no hacemos memoria histórica del pasado para no estar condenados a la misma negatividad de no tener esperanzas de salvación en el futuro, de no tener voluntad política para afrontar nuestras circunstancias, de no tener un proyecto histórico de identidad nacional.

¿Algún día llegaremos a la meta de patria civilizada? ¿Acaso hasta ahora lo más próximo no es la nada, desaparecer poco a poco como territorio nacional? ¿Un futuro nihilista? ¿Triunfará algún día la figura de Ariel en nuestros hombres de Estado o seguirá la figura del Calibán gobernando y legitimando al statu quo despóticamente? ¿Quién sabe? Lo único que se sabe es la incógnita histórica en Honduras, desconocer nuestra meta. Pues la sociedad hondureña como lo afirma Gautama Fonseca no ha podido desarrollar el proyecto de la Independencia, ya que no tiene ni una «visión compartida de nación, los casi

doscientos años transcurridos desde la independencia: no han servido para quitarle lo cenagoso que la vida del hondureño tiene. No hay metas seguras ni expectativas dignas de tal proyecto» (Sierra, 2021, pp. 196-197).

Momento de *praxis*: perspectiva de liberación histórica

Más allá de la profunda crisis crónica que acarrea históricamente Honduras; de negativa esperanza y carencia de plasticidad por edificar la posibilidad de un futuro nacional. Es momento de replantear toda nuestra historia y pensar diferente al *statu quo* conservador, dominador y opresor que mantiene las condiciones de la decadencia política heredadas en la colonia y profundizada en el devenir histórico de la modernidad hondureña en una crisis de los valores. Por eso, en principio, la liberación histórica devendrá cuando las organizaciones de ciudadanos dejen de ser rebaños de su gobernantes y representantes. Es necesario necesidad forjar lo que actualmente no existe en Honduras: la identidad nacional que es entendida como el estado de conciencia colectiva en el que los ciudadanos se sienten identificados con el proyecto Estado-Nación.

Pero ¿Cuál es el sujeto histórico que en Honduras puede producir en la comunidad una liberación nacional? Acertadamente Ramon Romero señala que: «el sujeto con posibilidad histórica de conducir un proyecto económico, social, político y cultural que ofrezca la posibilidad real de superación de las actuales condiciones de miseria, explotación, opresión, y dependencia, es el pueblo movilizado» (Romero, 2019, p. 444). Este pueblo movilizado, es la voluntad de poder, la voluntad política de los ciudadanos que actúan conforme a sentidos liberadores, transformadores y superadores de sí mismos. Más concretamente, el pueblo movilizado es el que puede realizar el proyecto histórico de identidad nacional, el que puede redireccionar su historia y en ese sentido, sacarla de las aguas pestilentes de la decadencia política en la que se encuentra estremecida con demasiada torpeza y retroceso hasta ahora.

Por eso, es necesario en la cultura hondureña, como diría Roberto Castillo en su ensayo *El humanismo que vendrá*: «edificar la voluntad del pensar», y mirar hacia nosotros mismos desde una conciencia teoría bien cultivada en espíritu

comunitario sobre lo propio, que por mucho tiempo hemos ignorado, pues hemos sabido valorar muy poco nuestra propia tradición de ideas, por estar constreñidos en ideologías ajenas ya sean europeas o anglosajonas. Una mirada profunda al quiénes somos implica pues, criticar y superar la concepción conformista frente a lo dado; en otras palabras, implica que la conciencia vigilante de la ciudadanía esté siempre abierta al cuestionamiento de las condiciones de la realidad social. Esa conciencia del pueblo movilizado al servicio de las ideas es clave para forjar el proyecto de liberación nacional. He aquí el gran momento de *praxis* que es tarea histórica de emprender en nuestra sociedad civil.

En este sentido, la filosofía de la *praxis* juega un papel revolucionario fundamental para recuperar la verdadera acción y función de la misma: la de transformar y crear la realidad. La filosofía de la *praxis* tiene mucho que aportar. Y en este contexto, es un invite a rehabilitar la reflexión sobre la búsqueda o construcción de nuestra propia identidad nacional. El pensar filosófico por mucho tiempo ha quedado anquilosado en el espectro de la abstracción y especulación, como que sí los filósofos no tuvieran nada que aportar a la realidad. Pero Marx hace ya dos siglos demostró que la función filosófica es esencialmente una actividad transformadora que se encarga de los fenómenos concretos de la realidad, y especialmente de criticar las contradicciones que hay en la misma para generar momentos de cambio o alternativa a las crisis.

Así pues, como menciona Romero, una «filosofía comprometida en el desarrollo de la identidad nacional de un pueblo en condición neo-colonial es una filosofía con una clara opción política en favor de la transformación social. Su discurso es el de una real filosofía de la praxis» (Romero, 2019, p. 441). Dado que la actividad filosófica es un discurso y accionar que debe corresponder con la realidad concreta, con las circunstancias del propio mundo que, al dar cuenta del mismo en forma crítica y coherente, aporta a su transformación. Es por eso que una filosofía que se orienta hacia la liberación de la opresión del pueblo contribuye a hacer la identidad nacional.

El *hic et nunc* Bicentenario de Independencia no debe ser pesimista. Al contrario, debe ser un momento para reflexionar seriamente sobre lo

construido o no construido a lo largo de nuestra experiencia histórica. Tiene que ser un momento profundo para reflexionar sobre nuestros errores del pasado. Desde el punto de vista de Gautama Fonseca y Ramon Oquelí, el Bicentenario de Independencia tendría que ser fundamentalmente el reconocimiento de nuestra historia de servilismo, caudillismo, tragedia, dolor, violencia, caos, inestabilidad, golpes de Estado, miseria, barbarie, sectarismo, demagogia, corrupción y repetición constante de lo mismo que va de peor en peor. Pues como dice Sierra, «para deconstruir la Honduras de la tragedia, del dolor y la autodestrucción. Honduras tenía que salir de las sendas perdidas y buscar nuevos caminos o recuperar los senderos olvidados» (Sierra, 2021, p. 201). Por eso, en este lento y dilatado proceso de liberación nacional que ha transcurrido en papel muerto en los doscientos años de vida independiente; es hora de asumir un estado de conciencia colectiva en aras de realizar un reconocimiento histórico; de asumir una memoria histórica como proyecto de identidad nacional; de liberarnos del peso del mundo que cargamos de la decadencia, que cada vez más abrumadoramente retrocede hacia las aguas pestilentes, hacia la miseria espiritual.

Ese es el gran reto y tarea histórica en Honduras aún pendientes de encaminar. Pues hasta ahora nuestra cultura ha sido conformista y reproductora del *statu quo*. Lo ha legitimado constantemente, al no asumir como ente político la correspondencia de su verdadera conciencia de soberanía. Ya que son los ciudadanos y no los gobernantes los que dan el título de representación y son la voz de la mayoría en el proyecto de Estado-Nación. Así considero en este breve ensayo, que la histórica decadencia política ha torturado desde hace suficiente tiempo la patria; que es momento en que la conciencia colectiva llamado pueblo capté la memoria histórica de su pasado. Es un punto de quiebre que Honduras comience a liberarse de su trágica dependencia y oligarquía política que retrocede constantemente hacia la más oscura barbarie; en la que los piratas en aseo llamados políticos violan la soberanía nacional, saquean el botín del Estado y hacen de la actividad política un quehacer con prácticas enfermizas y egoístas.

Por eso, este proyecto de Estado-Nación requiere ser construido sobre la base de la

participación del pueblo. Así, la forja de nuestra identidad nacional implica la responsabilidad de transformar nuestra conducta social y mental. Esto implica una verdadera emancipación del espíritu. Los autores Julián Pineda y Alfonso Guillén Zelaya, ya hacían referencia a esta concepción espiritualista de la educación como condición necesaria para alcanzar la «emancipación cultural, religiosa, política y económica» (Sierra, 2021, p. 121). Esta educación espiritual es la vía para elevarnos hacia la civilización, hacia el amor a la libertad, a la justicia, el arte y honra de la patria. En suma, hacia el bienestar social, ya que defender la independencia significa defender nuestra vida. El escritor Carlos Zúñiga Figueroa, en un discurso titulado 15 de septiembre de 1821, apelaba a reivindicar y fortalecer la Independencia con el mismo espíritu de los independentistas: como la «fecha inmortal de nuestra historia que debemos respetar y sostener por encima de las amenazas que pretendan destruirla porque ella es nuestra vida, la honra de nuestros hijos y la gloria de las generaciones del porvenir» (Sierra, 2021, p. 173).

Ya que somos nosotros mismos los responsables de dirigir nuestro futuro, no las misericordias divinas ni extranjeras. Depende de la conciencia ciudadana que empuje a la voluntad política de los dirigentes hacia una verdadera plasticidad, es decir, hacia la capacidad de transformación del desarrollo social, económico, político, pero en especial el educativo, ya que de éste deviene la formación y maduración histórica de forjar en el imaginario cultural: la conciencia de identidad nacional. No es casual que el tema de la educación sea un ideal tan recurrente en los futuristas e ilustrados hombres de patria. Pues solo así, Honduras podría entrar en las sendas de un desarrollo sostenible y de fortalecimiento de su democracia. Por eso, como decía Gautama Fonseca, «mientras no se diera una transformación del sistema educativo era imposible la transformación del país: solo transformando nuestras escuelas, nuestros colegios, nuestras universidades, nuestros centros de formación profesional, podremos alcanzar aquella meta» (Sierra, 2021, p. 202).

Y en esta misma línea Ramon Oquelí, en su narrativa sobre la Independencia de Honduras se planteó como problema teórico el hecho de cómo podía emerger una nación en las sendas de la

modernidad. Dado que en «el proceso de independencia se produjo prácticamente sin ilustración, sin educación, sin conocimiento y sobre todo sin la participación del pueblo» (Sierra, 2021, p. 222). Por ese motivo, se preguntó cómo era posible la construcción de una nación en Honduras, sin una ciudadanía emancipada y educada: «sabemos que entre nosotros primero fue la Independencia y después vino la imprenta» (ídem). Esto es muy importante y clave hermenéutica para comprender la precariedad de modernidad en el devenir desarrollo histórico de Honduras caracterizado por guerras civiles, golpes de Estado, inestabilidad, caudillismo, debilidad institucional y ausencia de un proyecto histórico de identidad nacional. De hecho, «Oquelí en su meditación sociohistórica, definió a Honduras como una sociedad que vive bajo una crisis crónica y que empeora» (Sierra, 2021, p. 210).

En ese sentido, para Oquelí volver al proyecto de emancipación significaba ante todo fortalecer la educación y la memoria histórica. Ya que este intelectual ve la historia como una ciencia prospectiva que sirve para orientar al futuro. De tal modo que la historia es un momento de *praxis*, un momento de hacer conciencia crítica para transformar la realidad social. Por eso, «dentro de la filosofía de la historia de Oquelí, Honduras tenía que conducirse hacia la búsqueda de su libertad, de su soberanía plena como nación lo que fue el proyecto de Independencia» (Sierra, 2021, p. 231). Pues la propuesta de Oquelí, consideraba que Honduras al llegar 2021, tenía que construir una visión prospectiva que superara las condiciones de la herencia histórica de la tragedia y oscurantismo político que han retrasado al país. «Así su propuesta fue que el bicentenario de la Independencia siempre podría presentarse como una oportunidad para construir un proyecto de memoria e identidad nacional» (Sierra, 2021, p. 246).

Ideas que no son nada nuevas. Pues ya habían sido planteadas en el periodo de la Independencia por José Cecilio del Valle y en el periodo de la reforma liberal por Ramon Rosa. El primero hace énfasis en su *Prospecto* que «la educación es el origen de todos los bienes» (Valle, 1982, p. 87). Y además que le concede una trascendental importancia al conocimiento de la historia: «es necesario para saber gobernar (...) la historia presenta simultáneamente la teoría y la práctica. Es la política de la acción» (Valle, 1982, pp. 340-

344). El segundo hace hincapié que la salvación de los problemas sociales de la patria la encontraremos «en la educación operada en la virtud del trabajo» (Rosa, 1946 p. 276). También señalaba que «el archivo es la memoria de las naciones, y forma, por así decirlo, la urdimbre de su historia. Suprimid los archivos, y los pueblos carecerán de la conciencia del pasado» (Rosa, 1946, p. 279).

Tanto Valle como Rosa desde su pensamiento ilustrado intentaron modernizar las enseñanzas del conocimiento, que buscaba ante todo una educación popular y un fortalecimiento de la memoria histórica. En ellos tanta la educación como la historia es la maestra de la vida en la *polis*; son el espíritu, el sentimiento y la conciencia de la patria civilizada; son los más grandes y poderosos resortes de la vida moral republicana. La teoría historia interpretada en clave marxista era el principal objetivo en función de sus proyectos sociales y políticos como resortes progresistas y de liberación. En ese sentido, la juventud educada será consciente de todos los sufrimientos, dolores y el inventario de los males que ha experimentado el pueblo a lo largo de su desarrollo histórico. Esas son las ideas de conciencia ilustrada que trataron de edificar en la patria estos intelectuales como los grandes representantes del espíritu democrático y de la justicia, del arielismo espiritual.

Hoy, estos planteamientos en la clave educación cívica son más necesarios que nunca. Hasta ahora los hemos olvidado, han permanecido archivados y solo profundizados por la poca comunidad de intelectuales y no por las mayorías que son las realmente necesitadas del espíritu de las ideas de la razón. Pero en su lugar, tristemente están hundidos en la ignorancia que los grupos conservadores quieren seguir manteniendo para fortalecer su sistema de opresión llamado *statu quo*. Hasta ahora nuestras elites políticas no han cultivado la conciencia teórica de la vida humanista que han gestado grandes sabios y futuristas en el proyecto de Estado-Nación. No han aprendido de las lecciones filosóficas de lo que significa en esencia la actividad política: esto es, acción transformadora destinada al bien común o democrático, a la felicidad de la *polis*. Falta la voluntad política. Faltan dirigentes vivos, los muertos siguen orientando nuestra historia. Ya que los vivos siguen sin valorar nuestra espléndida

tradición de ideas y siguen bajo la sombra de un pasado no superado.

Por eso, la misión histórica de llevar a cabo el proyecto de liberación nacional le corresponde a la voluntad de poder ciudadana llamado pueblo. Este sujeto tiene la responsabilidad de dejar las diferencias de clases y soldar la unión de las necesidades fundamentales de los grupos mayoritarios de la sociedad hondureña. Ya que «los elementos que constituyen ese estado de la conciencia colectiva nacional son principalmente valores, sentimientos, ideas, intereses y aspiraciones económicas, sociales, políticas, culturales y artísticas» (Romero, 2019, p. 443). Es el descubrimiento o creación de elementos de identidad nacional lo que posibilita la unidad de todos los ciudadanos para decidir y construir soberanamente una sociedad patriótica. Tales elementos son los criterios que orientan la solución de los problemas nacionales.

Y para concluir en esta reflexión. Honduras en doscientos años de vida independiente escrita en papel es suficiente tiempo para preguntarnos sobre la edificación de una posibilidad histórica del futuro nacional. Es momento de emprender el verdadero proyecto de Estado-Nación que implica desde luego, un fortalecimiento de la identidad nacional. Hoy en el transcurrir de este Bicentenario de Independencia, es momento de reflexionar sobre esta crisis crónica que acarrea Honduras y debe conllevar a la posibilidad de cambio, a replantearnos nuestra experiencia histórica nacional. Superar la histórica decadencia de la política hondureña es ya una necesidad; es una tarea urgente edificar la posibilidad de un futuro de liberación nacional desde una visión patriótica y soberana.

Si bien es cierto que el problema de nuestras condiciones actuales en gran parte es por la falta de clases políticas comprometidas al desarrollo social de las mayorías, esto no significa que para superarlas dejen aquellas de participar en la esfera pública. Al contrario, las clases políticas al igual que el pueblo son entes necesarios, solo que la diferencia estriba en que la ciudadanía desde su voluntad de poder dará empuje y fuerza a los momentos de crisis en la que los líderes políticos no respondan a las necesidades de la comunidad nacional. En tal sentido, la afirmación de la libertad es clave en la participación del pueblo, en los procesos de decisión locales, nacionales e

incluso internacionales. Y ese precisamente será el rol de *praxis* social que asumirá cada individuo. Es desde luego, un fortalecimiento que necesita cultivo, es decir, toma de consciencia colectiva del mundo de forma paulatina para poder accionar con espíritu crítico-transformador.

Así en esta histórica tarea, los dirigentes como los ciudadanos son necesarios para soldar el proyecto de Estado-Nación. Pues solo con el fortalecimiento de partidos políticos responsables de la historia del país y con el compromiso y participación de todos los actores políticos, económicos, sociales y en especial, de los sistemas educativos –universidades– como voces con conciencia crítica y vigilante, se construya una visión compartida e incluyente de los intereses del país. Solo de ese modo, dará a la luz en tal anhelado proyecto. Un proyecto que hoy más que nunca necesita de instituciones realmente democráticas, de un fuerte Estado de derecho que respete los valores constitucionales como la independencia, soberanía nacional y la libertad.

En esta reflexión de conciencia sobre la historicidad de nuestra propia concepción del mundo, el Bicentenario no es objeto de celebración, sino de evaluación crítica de nuestra experiencia histórica. Dado que no ha existido en Honduras auténticas transformaciones en el espíritu de la cultura; y las pequeñas transformaciones han sido estatales, pero para afincar al país en condiciones de capitalismo dependiente y solidificar la oligarquía del Estado en relación con fantasmas extranjeros, como lo es en la actualidad el fenómeno debatible de las Zonas de Empleo y Desarrollo Socioeconómico (ZEDE), que de cierta manera debilita el proyecto de Estado-Nación. Es por eso, que no hay nada que celebrar ni glorificar, pues la independencia con sus nominales códigos y leyes escritos el 15 de septiembre de 1821 han sido a lo largo de nuestra experiencia histórica una ilusión, una utopía gestada en la mente de unos espíritus libres y superiores.

Puesto que son muertos los siglos corridos, no se recibe experiencia de esas cátedras del buen gobierno y de la buena educación que deben recibir los pueblos. En consecuencia, se necesita de la construcción de una nueva conciencia histórica que supere la mistificadora historia de Honduras que ha ocultado la oscura decadencia política por la cual se ha ido gobernando con tensión torturadora la patria. Esta superación

histórica como proyecto de memoria histórica implica que se recupere o invente hasta ahora la pérdida del sentido de patria e identidad nacional. En otras palabras, que haga renacer la vida moral y conciencia de ciudadanía y sobre todo el orden de la *polis* al servicio del principio utilitarista: justicia y beneficios posible para el mayor número posible. Al principio de la voluntad de poder que afirma el pueblo para lograr el proyecto de la gran política, el destino histórico de identidad nacional.

Por eso hemos hecho hincapié en la voluntad de poder del pueblo movilizado como el único ente capaz de emprender la verdadera revolución histórica; ya que nuestra historia hasta ahora ha demostrado que las clases políticas no son aptas para solucionar los problemas que afectan a la nación. Entonces, la voluntad de poder al servicio de las ideas políticamente comprometidas con la situación vital-histórica, figura precisamente la clave para forjar el proyecto de liberación nacional. Pues cuando hay fuerza, esto es, energía vital en constante lucha de autosuperación se tiene la capacidad necesaria para crear una nueva realidad. Esa voluntad y poderío del pueblo movilizado es el manifiesto de su cuerpo y espíritu que acciona en situación vital histórica, en tanto que siente la necesidad de abrir puertas a una intuición futura de un mundo políticamente superior. Así entre más fuertes y poderosos son los cuerpos en movimiento, más recia es la fuerza vital para transformar la realidad material histórica.

Es momento de dejar de ser actores pasivos y conformistas con lo establecido. Solo el pueblo puede salvar su propia historia y reorientarla hacia la superación, que, en este caso, es la creación de un genuino proyecto histórico de identidad nacional en base a la participación ciudadana como voz políticamente activa de las riendas de nuestro porvenir. Pues el hombre es un animal onto-creador, es decir, que mediante sus actos, participación y conciencia vigilante puede legislar, criticar, transformar y crear su realidad en aras de un mejor futuro para vivir civilizadamente su propia historicidad. Esa es la intuición de una filosofía moralmente y políticamente superior como concepción del mundo que la cultura debe construir axiológicamente en su conciencia.

Hoy la filosofía tiene que poner en tela de juicio la idea de que este saber no tiene valor práctico. Dado que el pensar filosófico lejos de esa

consideración, está comprometida con la transformación de la sociedad. Pues la actividad filosófica es esencialmente un poder de acción que libera y orienta a los ciudadanos en el desarrollo de una concepción crítica y coherente del mundo a partir de las propias circunstancias. Se elabora ese pensamiento crítico de la realidad social, cuando se sospecha contra las instituciones que afirman el *statu quo*, que son en cierta medida las responsables de la marginación y de la relegación de este saber tan imprescindible para el pueblo. Dado que tales instituciones no se interesan por un proyecto de identidad nacional, es decir, por comprender los modos de sentir de las diversas culturas. Solo se interesan por legitimar la globalización del mundo y contribuir a las propagandas estéticas del consumo. En este sentido, la universidad como órgano superior de educación llamada a transformar la sociedad, debe contribuir a la difusión del pensamiento crítico. Pues si la universidad como institución no sirve para fortalecer el pensamiento crítico y transformador ¿Entonces para qué sirve?

En todo caso, una filosofía de la acción comprometida con la causa de la concepción materialista de su propia trinchera histórica; es una filosofía popular que intenta rescatar el olvido de la *praxis* revolucionaria y que muestra la necesidad del despertar de la consciencia para cambiar la realidad material histórica. Ya nada es igual cuando se toma consciencia metafísica y posición del mundo situado. Pues la consciencia filosófica que se puede hacer de *praxis* contiene elementos vitales que imprimen fuerza necesaria en el pueblo, incluso hasta para crear otra realidad material histórica. Solo una masa educada y movilizadora, es decir, fuerte políticamente en su voluntad de poder para accionar: será el movimiento liberador, que nos sacará del yugo de las condiciones históricas de decadencia.

Es por ello, que emprender este proceso de *praxis* en la ciudadanía para lograr la posibilidad de la edificación del proyecto histórico de identidad nacional, implica ante todo desarticular el terreno de los decadentes grupos oligárquicos que solo han estado interesados en acceder al Estado para afanar el botín en favor de sus beneficios individualistas y egoístas. Solo unidos bajo los mismos intereses del pueblo, la historia de Honduras dejará sus constantes, aburridas y sin sentido de repeticiones, de lo contrario,

difícilmente se podrá advertir su futuro como una nación independiente y soberana. En ese sentido, lo más seguro será un futuro nihilista, esto es, de la postmoderna crisis de los valores, que es eco de una herencia del pasado, de las viejas ruinas de la colonia, que ha escrito una historia de decadencia política en un país ciego que no hace memoria histórica para superar el atraso colonial.

Referencias bibliográficas

- Del Valle, J. (1982). *Obra escogida*. (Primera edición). Caracas. Editorial Ayacucho.
- García, M. (1986). *Cien años de soledad*. (Primera edición). México. Editorial Diana.
- Romero, R. (2019). *Antología del pensamiento crítico hondureño contemporáneo*. Buenos Aires. Editorial CLACSO.
- Rosa, R. (1946). *Escritos selectos* (Segunda edición). Argentina. Ediciones Jackson.
- Sierra, R. (2021). *De la Independencia de 1821 al bicentenario 2021: ideas, conceptos y relecturas*. (Primera edición). Tegucigalpa. Ediciones Subirana.
- Turcios, F. (1926). *Soberanía Nacional*. Tegucigalpa. *Revista Ariel*. (núm. 22).